

Prólogo

En el verano de 1935, con ocasión de un debate sobre la ascesis celebrado en los Encuentros de Pontigny —fundados y dirigidos por mi inolvidable amigo Paul Desjardins—, se discutió el problema del mal. Yo ya me había ocupado de esta cuestión en mi juventud, aunque no la traté expresamente como problema específico hasta un año después de terminada la Primera Guerra Mundial. Desde entonces, la abordé repetidamente en mis escritos y conferencias, y constituyó también el tema del primer seminario que impartí como docente de Teología General en la Universidad de Frankfurt. Así que es lógico que yo participara muy activamente en aquella discusión. El intenso intercambio de ideas, en el que intervinieron de manera destacada Nikolái Berdiaev y Ernesto Buonaiuti —lamentablemente ya fallecidos—, me llevó a reconsiderar ese problema, que Berdiaev calificaba de «paradójico». Los Encuentros del año siguiente, que como de costumbre se prolongaron durante diez días, estuvieron dedicados exclusivamente a este problema. En aquella nueva ocasión,

pude exponer mis ideas con mayor precisión. Entre otras cosas, propuse una comparación entre dos concepciones históricas: la del antiguo Irán y la de Israel. Me interesaba mostrar que el bien y el mal, en su realidad antropológica¹ —es decir, en las situaciones reales de la vida de las personas—, no constituyen, como se suele suponer, dos polos diametralmente opuestos pero estructuralmente homogéneos, sino dos instancias de naturaleza estructuralmente heterogénea. «Imposible de resolver —había dicho Berdiaev sobre el problema del mal—, incluso de plantear racionalmente, pues al hacerlo desaparecería». Partiendo de esta imposibilidad siquiera de plantear el problema del mal, Berdiaev preguntó por dónde debemos empezar a luchar contra él. A modo de réplica, en lugar de ofrecer en mi intervención una *solución* al problema, intenté describir de manera sintética la realidad del mal, para ayudar a entenderlo. Mucho más concisa fue mi respuesta a la pregunta acerca de dónde debemos empezar a combatirlo: la lucha debe comenzar dentro de la propia alma de cada uno. Todo lo demás se seguirá de ahí.

Unos años más tarde, estando ya en Jerusalén, elaboré una segunda respuesta, dándole forma de narración —o, más concretamente, de crónica—, a la que puse por título «Gog y Magog».

1 Aquí empleo el término *antropológico* en el sentido de la antropología filosófica moderna; cf. mi obra *¿Qué es el hombre?*, México DF, FCE, 1985.

En Ezequiel 38-39, «Gog y Magog» designan una coalición de naciones enemigas de Israel, encabezada por Gog, rey de Magog. Diversos textos escatológicos profetizan que, tras las guerras de Magog, habría de venir el Mesías. Mi relato se sintetizaba en las siguientes palabras, que un discípulo dirige a su maestro:

«Rabí —y al decirlo se le quebraba la voz—, ¿qué sucede con Gog? Si existe afuera es solo porque, primero, existe dentro». Se señaló el pecho. «Las tinieblas de las que fue creado no hay que buscarlas sino en nuestro corazón indiferente o perverso. Es nuestra traición a Dios la que ha hecho crecer tanto a Gog».

Para comprender plenamente este pasaje, es preciso tener en cuenta la época en la que escribí la narración.²

No fue sino diez años más tarde cuando pude elaborar mi respuesta a la tesis de Berdiaev según la cual el problema del mal es «imposible de resolver». Esa respuesta es la que desarrollo en el presente libro. Si tardé tanto en formularla, fue porque solo de manera muy gradual llegué a comprender que las hipótesis bíblicas sobre el

2 Primero la escribí en hebreo y luego en alemán. La primera edición hebrea data de 1941 y la edición en libro de 1943. La primera edición alemana es de 1949 [la tercera edición fue publicada en Heidelberg en 1978].

bien y el mal, por un lado, y las hipótesis avésticas y posavésticas, por otro, corresponden a dos tipos y a dos grados radicalmente distintos del mal. Para esclarecer su sentido profundo —que trasciende el plano meramente antropológico—, antes de proceder a su descripción ofreceré una interpretación de ambos grupos de mitos. Se trata de un tipo de verdades que, como ya sabía Platón, solo pueden transmitirse adecuadamente a la humanidad en forma de mito. La explicación antropológica muestra el ámbito en el que verdades tales se plasman constantemente. Aquí lo conceptual no es más que un recurso: un puente oportuno entre el mito y la realidad. Es indispensable construir ese puente. El ser humano conoce los mitos cosmogónicos que hablan del caos y de la creación, y experimenta de modo inmediato que también en su interior habitan el caos y la creación, pero no logra aunar plenamente lo que conoce como relato mítico con lo que vive como experiencia real. Escucha con atención el mito de Lucifer cuando se lo narran, pero luego no es capaz de afrontarlo directamente en su propia existencia. Necesita ese puente.